

Los Caminos de Santiago

FACTOR DE NUESTRA CRISTIANIZACION

(Conferencia en un Cursillo de Cultura Vasca de «Gentza»)

Por D. MANUEL DE LECUONA

Los Caminos de Santiago y nuestra Historiografía. Disgresión

Vamos a empezar por dar a conocer un pequeño suceso, que me sucedió en relación con los Caminos de Santiago, no hace aun muchos años —el Año Centenario, de no sé si el Descubrimiento del Sepulcro del Santo Apóstol o alguna otra efemérides relacionada con Compostela— suceso que revela lo ignoradas que son aquellas Rutas de Peregrinación a través de nuestro país, en los medios aun científicos que nos rodean.

Erase que, en un momento en que yo me hallaba muy apurado de tiempo para atender a ningún importuno que viniese a someterme a ningún interrogatorio, se me presentó, en efecto, uno de tantos, muy conocido él en los medios radio-televisivos y me espeta a bocajarro, dispuesto a recoger mi respuesta:

—Cómo es, que, habiendo por Navarra, por ejemplo, unas rutas tan importantes de Peregrinación Santiaguista, no le hay ninguna por Guipúzcoa?

No tenía yo en aquel momento tiempo para sesiones de «tele» —me estaba esperando el coche para un viaje de precisión—, y, aunque un tanto molesto, le hube de contestar:

—¿Un camino de Santiago por Guipúzcoa? ¿Cómo que no? No uno sino dos.

Tal hubo de ser mi respuesta, un tanto molesta. Y molesta por doble motivo: primero, por la forma intempestiva de la pregunta, y, segundo, porque estaba harto de ver que, por aquellos días mismos se hablaba de las Rutas Santiaguistas de Navarra —Roncesvalles, Estella, Logroño— y se hacía un raro silencio sobre Guipúzcoa, aparte si se quiere, de un par de artículos míos, ponderando la importancia del camino eminentemente santiaguista de nuestro San Adrián, para donde, muy modestamente pedía yo una atención de reparación para el famoso paso en túnel y para el Santuario interior del mismo, una atención de reparación, digo, a cuenta de las Diputaciones, de Alava y Guipúzcoa, interesadas por igual en todo lo relacionado con el historicísimo paso «sanadrianense»— modesta petición mía que no hubo quien la recogiese entre nosotros con tanta atención como en Navarra se habían recogido análogas peticiones con respecto al fenómeno santiaguista a través del antiguo Reino.

Molesto —francamente molesto, por el momento y la forma agresiva de la pregunta— dejé plantado al importuno interrogante, y me hube de marchar a mi quehacer, que concretamente era una campaña de Traducciones Litúrgicas en el Monasterio Alavés de Estíbaliz, donde estaban aguardando mis compañeros del equipo —inolvidable equipo— de Traductores Litúrgicos.

El episodio es aleccionador sobre lo que digo, de la ignorancia tan grande que hay aún en los medios ilustrados acerca del tema de nuestras Rutas Santiaguistas, no sólo en lo que se refiere a Guipúzcoa, sino también en la parte que afecta a Vizcaya; tan importante. Que si en Guipúzcoa hubo dos —como le anticipé a mi entrevistador fracasado— en Vizcaya las hubo en el mismo número. En Guipúzcoa, la de la Costa y la de «tierra adentro», y en Vizcaya la de Urquiola y la de Orduña y Sierra Salvada, muy curiosa e interesante ésta, por cierto, como lo veremos.

La postura de agresiva ignorancia del entrevistante de la Televisión Española, no nos debe extrañar y no nos extraña a nosotros, vista la actitud acerca de esta materia en los mismos profesionales de la Historia Científica, que nos rodean.

Los profesionales de la Historia Científica afectan ignorar estas

cosas. Y lo bueno es que, lógicamente, deben ignorarlas, dados los postulados científicos en que se mueven. Postulados de ignorar históricamente todo aquello que no venga consignado en el Documento. Ellos no sólo no saben, pero ni quieren saber nada que no venga refrendado por un escrito, por un Documento. Es la postura del «documento a ultranza». Hacer una Historia aséptica. De pura constancia documental. Y, en efecto, son capaces de hacer una Historia de Navarra, verdaderamente brillante, porque Navarra tiene Documentación. Pero en la Historia de Guipúzcoa apenas son capaces de dar un paso. Guipúzcoa en su vida histórica ha sido ágrafa, alérgica a la escritura, negligente, resistente a consignar por escrito sus propias «hazañas». Concretamente en nuestro caso Guipúzcoa no ha hecho constar, por dónde iban los Caminos de Peregrinación Santiaguista, pongo por caso. Y el Historiador Científico —que no quiere más fuentes de Historia que el Documento escrito— no quiere saber nada sobre la materia de las Rutas Santiaguistas a través de Guipúzcoa. Ya puede haber monumentales calzadas enriquecidas con elocuentes Advocaciones para el caso. Eso no debe contar...

Tal es, por lo menos tácitamente y en la práctica, la postura que comentamos, de nuestra Historiografía en el punto concreto del tema de esta mi Conferencia.

Por contraste

Por contraste, un mayor éxito han logrado los que, al tejer la Historia de las Rutas Jacobeas, han combinado el Documento con otras Fuentes de Historia, entre ellas sobre todo la Arqueología, como lo han hecho los afortunados autores de «Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela», Vázquez de Parga, Lacarra y Uría, obra verdaderamente exhaustiva sobre la materia¹.

En ella, en efecto, los autores, apelando tanto o más que al Documento escrito, a la Arqueología, han tejido una gran Historia; procedimiento que también nosotros pretendemos seguir en esta Conferencia, continuando y completando lo que ellos en el terreno de Guipúzcoa concretamente dejaron iniciado, y que nosotros con una inves-

¹ «Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela». Luis Vázquez de Parga, José María Lacarra, Juan Uría Riu. «Consejo Superior de Investigaciones Científicas». Madrid 1948.

tigación más detallada sobre el terreno, podemos completar, procedimiento que seguramente nos proporcionará más de una sorpresa.

Un caso muy ejemplar de las sorpresas que nos depara ese camino de la Arqueología ayudado por la Etnografía en una investigación más detallada, lo tenemos en la gran sorpresa que nos ha reparado un Monje Benedictino, donostiarra él, precisamente en un punto concreto de los Caminos de Santiago a través del País Vasco.

En efecto, el Historiador, al propio tiempo que Arqueólogo, el Benedictino donostiarra Dom Logendio, en un punto de Ruta Jacobea, concretamente en la «Sierra Salvada» entre Vizcaya y Burgos, registra la existencia de una Ermita Románica enormemente sugestiva, de la Advocación de San Pantaleón —San Pantaleón de Losa— con la cual el sagaz investigador donostiarra entronca maravillosamente nada menos que la universalmente famosa Leyenda Caballeresca medieval, del «Santo Grial» del Parsifal de Wagner².

En efecto, es cosa sabida, que el genial músico alemán sitúa su gran Opera Lírica «Persifal» en un terreno impreciso llamado «Montsalvat» que algunos han querido identificar con «Montserrat», pero que Dom Logendio identifica más bien con la «Sierra Salvada» situada en el camino santiaguista entre Vizcaya y el Valle burgalés de Losa, con grandes probabilidades de acierto, por las circunstancias que vamos a contar.

En efecto, la Leyenda Wagneriana viene a ser una antigua Leyenda medieval, de unos Caballeros consagrados a la custodia de la insigne Reliquia del Cristianismo, que es el Cáliz de la Última Cena del Señor.

La Leyenda Wagneriana está situada en un *Montsalvat*, nombre éste que confronta mejor con «Sierra Salvada» —así, *Salvada*— que con *Montserrat* —así, *Serrat*—; aparte de que en Montserrat no hay recuerdo legendario alguno del Sagrado Cáliz, y en la zona de la Sierra Salvada, en cambio, hay una preciosa Ermita Románica, donde se veneraba, en efecto, un misterioso Cáliz con restos de sangre en

² «Castille Romane». Colección «ZODIAQUE», tom. I, pág. 202 et seq.

su fondo —sangre, por cierto, que todos los años se licúa en un día determinado—; Ermita de la Advocación, no ya del Señor, sino del Mártir San Pantaleón, «San Pantaleón de Losa»; pero Ermita que está relacionada con el allí próximo pueblo de Criales, recordándonos, precisamente, el nombre consagrado con que en la Leyenda wagneriana se llama el misterioso Cáliz, que es como lo tenemos dicho «El Santo Grial»...

«Criales»: «Santo Grial». «Sierra Salvada»: «Montsalvat». Todo ello, relacionado con sangres derramadas, si bien en el caso wagneriano Sangre del Señor, y en el de Criales Sangre de un Mártir del Señor, dándonos la medida de un muy natural proceso *in melius*, de una Advocación humilde en su origen, de la Sangre de un Mártir, que con el tiempo va sublimándose hasta identificarse con la propia Divina Sangre de la Pasión del Señor...

Preciosa explicación la ideada por nuestro Dom Logendio, sin la socorrida apelación al documento, por la vía de la Arqueología y de la Etnografía de las Advocaciones Religiosas, en el terreno y la Geografía de las Rutas Jacobeas a través de nuestro país. La fantástica Ermita de San Pantaleón, con su tradición del Cáliz de Sangre Martirial, anejo ello a un doble topónimo «Sierra Salvada» y «Criales» sobre la Ruta jacobea vasco-burgalesa...

Hoy el Cáliz de San Pantaleón se guarda y venera en el Convento de la Encarnación de Madrid, repitiéndose anualmente el prodigio de la licuación, de igual manera a como se repite en Nápoles la del Santo Mártir San Jenaro.

El Peregrinaje Jacobeo, factor de influencia religiosa

El Peregrinaje Jacobeo comienza en el siglo IX a consecuencia del descubrimiento por entonces del sepulcro del Santo Apóstol en Iria Flavia.

El paso del Peregrinaje por el País Vasco y su consiguiente influencia religiosa en los habitantes del mismo, debieron ser bastante

tempranas de parte de los Peregrinos que arribaban de la parte francesa, tanto de los que accedían por los puertos pirenaicos de Ibañeta y Jaca, como también los que venían de los puertos más lejanos de Lérida y aun de más al oriente y que no gustaban de bajar muy al sur, por el conocido *metus barbarorum*, el temor de la población moruna más meridional. Al arrimo del Pirineo y a través de las Sierras Cantábricas era más seguro el caminar en aquellos siglos de ocupación de la casi totalidad del territorio peninsular por los moros invasores, excepto, como se sabe, por lo que a nosotros afecta, del País Vasco, del cual es axiomático el dicho de ser tierra *semper a suis possessa*, poseída siempre por sus autóctonos.

El Peregrinaje Jacobeo por el País Vasco, decimos, debió de madurar muy temprano. Y, junto con el fenómeno del Peregrinaje, el otro fenómeno correlativo, de su influencia religiosa en el País de tránsito.

No cabe duda de que la simple existencia del paso de Peregrinaje influyó poderosamente en la difusión y consolidación del Cristianismo y en la Piedad Religiosa en el País. La simple presencia del fenómeno religioso del Peregrinaje, decimos, aun prescindiendo del proselitismo de predicación y palabra que los Peregrinos pudieran ejercer en el medio ambiente de su paso. El simple ejemplo, aun sin predicación, es un factor de influencia muy importante en esta materia. Es cosa bien sabida lo que se cuenta v. gr. de las masivas conversiones que provocó en los medios de los días de San Martín de Tours, la simple noticia difundida, de que el valiente milite de las Legiones Romanas del Imperio, Martín, era Cristiano. La simple noticia, desparramada por el Ejército, donde Martín militaba con tanto predicamento, fue bastante para tales conversiones de verdadero carácter «masivo».

De un modo parecido, la simple presencia, el simple tránsito del ejemplar «Peregrino» profundamente cristiano, debía de producir ese mismo influjo cristianizante en nuestro País por aquel tiempo, ya en el terreno de la confirmación en la Fe previamente abrazada, ya en el terreno de la conversión en los residuos «resistentes a la conversión» que por aquellos tiempos de los años 800 pudiera haber aún, conforme a lo que algunos opinan.

Pero es que no se trata de simple presencia de los Peregrinos transitanes, sino también de otra cosa mucho más importante aun para el caso: la construcción de los Santuarios que la devoción de los Peregrinos va «promocionando» de trecho en trecho a todo lo largo de las Rutas de Peregrinación, ya de Santos típicamente santiaguistas, como lo son desde luego, el propio Santiago y sus adláteres galaicos San Pelayo y Santa Marina, y la Santa Hospitalaria por excelencia Santa María Magdalena y los igualmente Hospitalarios San Sebastián y San Roque y San Antón, y, un tanto indirectamente, el entonces «Santo Universal» San Martín de Tours, de tanta devoción sobre todo para los Peregrinos franceses...

No se puede poner en duda la gran influencia que la fundación de tantos Santuarios iría ejerciendo en la evolución religiosa medieval de nuestro País.

Santuarios santiaguistas, detectadoras de rutas de peregrinación

A propósito de Caminos de Peregrinación, es familiar el dicho de que «por todas partes se va a Roma». Dicho que cabe aplicar igualmente a los Caminos de Peregrinación a Santiago de Compostela.

Ahora bien: a falta de Documentos históricos que describan las rutas de Peregrinación, éstas están elocuentemente señaladas por la presencia de Santuarios Santiaguistas, Santuarios que cabe dividir en dos clases: como lo acabamos de insinuar, e insistimos:

a) los típicamente santiaguistas, como los del propio nombre del Santo y sus adláteres de signo galaico, Santa Marina y San Pelayo; y

b) los Hospitalarios, para asistencia sanitaria a los peregrinos enfermos, como lo son los de la Magdalena y San Antón y San Lázaro y los de San Sebastián y su pareja San Roque; a los cuales cabe añadir otros más, como v. gr. los del Santo universal San Martín de Tours, tan del gusto de los peregrinos franceses, como lo acabamos de decir, y los de la Advocación «legendaria» de San Julián y Santa Basilisa... y Santa Engracia de Zaragoza y Santa Leocadia de Toledo.

Todos ellos típicamente «detectadores» de las rutas de Peregrinación para nuestro caso. Elocuentes por demás para el intento

detectador, aun a falta de documento expresamente registrante de destinaciones peregrinantes...

Las rutas navarras y la guipuzcoana

De un modo esquemático hemos señalado antes el trayecto general de la ruta de Peregrinación primitiva, al abrigo del Pirineo aragonés y navarro, y a continuación por la Cadena Cantábrica, de Este a Oeste hacia la Montaña de Santander.

Ahora bien, de N. a S. podríamos señalar dos trayectos que podríamos llamar vascos, a través de los dos grandes Puertos Pirenaicos, del Somport y de Roncesvalles; trayectos que al principio daban sobre Pamplona, para luego de Pamplona por la Cuenca y la Burunda y por la Llanada de Gasteiz internarse en las tierras castellanas de Miranda; pero, más tarde, después del Milenario de los años de Sancho el Mayor de Navarra, para caminar por la zona eminentemente navarra de Puentelarreina y Estella y Logroño.

Porque, en efecto, es cosa sabida, que en los tiempos anteriores al Milenario, la ruta de Roncesvalles, al acceder a Pamplona, dejando la región del Arga y el Ebro por el temor de los moros, *propter metum barbarorum*, se dirigía por la Burunda y Alava, a buscar el Ebro en la zona de Puentelarra y Miranda, y por allí dirigirse a Burgos; a diferencia de como, desde los tiempos de Sancho el Mayor, alejado el *metus barbarorum*, se empezó a caminar libremente de Pamplona por Puentelarreina y Estella y Logroño, y más tarde por Santo Domingo de la Calzada, a salir igualmente a la zona de Burgos, para dirigirse en definitiva a su destino de Santiago de Compostela.

Pero en este esquema hemos dejado de lado una ruta muy importante para nosotros, que es la ruta que podríamos llamar «guipuzcoana» o «de la Costa», cuya descripción, en efecto, la vamos a dar más despacio, en la segunda parte de esta Conferencia. Ruta que llamaremos guipuzcoana «de Costa», en contraposición a las dos anteriores, que son esencialmente navarras y «de montaña».

Pero antes será bien que precedan algunas notas de tipo más bien analítico.

Arquitectura y función social del santuario santiaguista

La Arquitectura típica del Santuario Santiaguista, dependía de una Función Social que el Santuario desempeñaba en el seno de la Sociedad Medieval. Función Social de «Obra de Misericordia», de «Hospedar al Peregrino» registrada de siempre en los textos del Catecismo de la Doctrina Cristiana.

Hospedar al Peregrino. Para cuya función existían, desde luego, a lo largo de los Caminos, las famosas Ventas, fundación de la propia Sociedad civil; pero también para los pobres que no podían costearse una estancia en la Venta, la típica Institución Religiosa, de los Cimiterios de las Iglesias, y más típicamente para nuestro caso, de las Ermitas y Santuarios Santiaguistas que vamos registrando, cuya función, en efecto —una de cuyas funciones—, era el hospedar al Peregrino.

En efecto, es muy conocido el fenómeno de lo anchuroso de los Cimiterios o Elizpes de nuestras Iglesias Parroquiales, cuya anchurosidad, en efecto, tenía una doble función, política, desde luego, la una, que era la de cobijar el Concejo Abierto de los Vecinos del Pueblo; y social la otra, de dar cobijo al Peregrino a quien la noche le cogía en el camino, sin dinero con que pagar el gasto de la Venta profana.

Podría yo citar aquí un caso de no hace mucho más de un siglo, que refleja perfectamente esta función hospitalaria de los Cimiterios, Pórticos o Elizpes de nuestras Iglesias.

Brevemente: érase una madre, que, en un momento de irascibilidad, había dado muerte a su propia hija; y, como se trataba de un pecado reservado, la pobre mujer se fue a Roma a buscar de manos del Papa la oportuna absolución de su parricidio. Y, en efecto, se fue y se volvió de la Ciudad Eterna, durmiendo cada noche —se dice expresamente— durmiendo en los Cimiterios de las Iglesias del larguísimo trayecto, desde Rentería, de donde era, hasta Roma, y desde Roma hasta Rentería.

«Durmiendo en los Cimiterios». Dentro de la función típica del Cimiterio, que venimos comentando. Porque, es sabido, en efecto, que aun la Etimología del nombre griego «Koimeterion» —pronunciado «Kemeterion» o «Kimiterion», «Zimiterio» en vasco— no les

cuadra a los Vestíbulos de las Iglesias precisamente (aunque se suele ponderar mucho este extremo) no les cuadra precisamente, solamente, por el sueño de la muerte, sino de la función corriente, que decimos, del dormir de cada noche de los caminantes Peregrinos, para los que, en efecto, la Iglesia tenía prevista la función que decimos, de «hospedar al Peregrino»...

Notas arqueológico-arquitectónicas

La construcción de los Zimitorio-Elizpes corrientes de nuestras Iglesias Parroquiales en su función civil concejil, no necesita de descripción; son un largo techado —tan largo como el largo del propio Templo— adosado a un lateral exterior del Templo, y en frente del lateral que decimos, un murete nada alto que protege en parte contra la intemperie exterior; murete al cual se adosa un asiento corrido de gruesos troncos de árbol, donde antaño se sentaban los Vecinos Concejantes en los Concejos Abiertos del Pueblo.

Un tanto distintos son los «Zimitorios» típicos de los Santuarios de Peregrinación. Los conocemos de vista.

Desde luego no se trata de grandes Iglesias, sino más bien de pequeñas de tipo de Ermitas y típicamente de fachada abierta al aire, con cierre de barrotes.

Un ejemplar muy visible lo tenemos en Orio (de la Advocación de San Pablo) a mano derecha sobre la carretera, al iniciarse la cuesta para Zarauz; y otro muy típico también, en la Calle de Alegría de Oria, al entrar en ella, yendo de Tolosa; y un tercero, igualmente típico, de la Advocación de Santa Leocadia, en la Plaza de Urnieta; ejemplares los tres, con la fachada decorada con grandes barrotes de madera.

El cuadrilátero de la Ermita está dividido en dos secciones: sección interior —«el Sagrado»— destinado al Culto; y sección anterior, de vestíbulo-zimitorio, separado del interior «Sagrado» por el juego de barrotes que hemos citado.

Esta duplicidad de secciones con el procedimiento de los barrotes es esencial.

Las barras pueden ser de hierro forjado; pero en las construcciones rústicas, ellas serán de madera.

El sistema de barras permite que el interior sagrado esté permanentemente a la vista desde el recinto del Zimitorio-Vestíbulo; a la vista, sí, si bien no al acceso durante el sueño de la noche.

El Santo Cristo de Lezo

Sin decir va, que la parte de Zimitorio-Vestíbulo es el dormitorio gratuito de los Peregrinos, y que éstos duermen sobre el santo suelo, en plan de penitencia.

Por lo demás, hemos citado la naturaleza de los barrotes de madera, de separación entre Dormitorio y Santuario propiamente dicho. Hemos registrado de paso el caso de los «barrotes de hierro forjado». De los cuales quiero destacar un caso modélico excepcional, por la suntuosidad del conjunto verdaderamente Catedralicia: el caso de la Basílica del Santo Cristo de Lezo, que, en efecto, es un caso de un Santuario más de Peregrinación. Pero un caso excepcional, por dos conceptos, sobre todo: su Cristo de cara, no de barba, sino afeitada —caso excepcional en el Mundo Cristiano— y su verja de hierro forjado, digno, como digo, de una catedral.

Obra excepcional como es, su función es la que acabamos de registrar, esencialmente de Santuario de Peregrinación, de separación, entre el Santuario-Santuario, que está en el fondo, y el dormitorio o Zimitorio, donde los Peregrinos pobres y penitentes pasan la noche. Verja de hierro, forjado sabe Dios en qué ferrería de la contornada de Lezo, gran verja que ocupa la totalidad de la anchura del edificio, con un dibujo de conjunto de extraordinaria gracia. Pero que sobre todo al tratarse de su estimación inteligente, no hay que olvidar su función institucional histórica peregrinante, como elemento de separación entre Dormitorio y Santuario-Santuario del conjunto. Significación histórica que hay que tener en cuenta siempre que se trate de apreciar su valor global.

El Santo Cristo de Lezo fue en tiempos un muy significado San-

tuario relacionado con las Peregrinaciones santiaguistas. Santuario muy distinguido, y por lo mismo muy enriquecido por la devoción de los peregrinantes, con limosnas y donaciones. Así es cómo se explica la existencia en él de un icono tan extraordinario como es el famoso Cristo del mismo nombre, obra gótica del siglo XIII, de procedencia desconocida y difícilísima de determinarle un punto de procedencia, por la circunstancia rarísima de ser un Cristo rasurado —no precisamente barbilampíño, que, de serlo, hubiera tenido una réplica v. gr. en el Calvario de la gran puerta de Santa Sabina de Roma— sino completamente afeitado, como un baserritar nuestro o un ciudadano romano —cuya réplica, sin embargo, como cosa muy extraña, tenemos en nuestra Guipúzcoa en Azitáin de Eibar, si bien *nullibi terrarum* otra más en el mundo hasta un Santuario, según dicen, en Cracovia...

Este índice de rareza artística de la pieza, explica, sin duda, la esplendidez de esta segunda manifestación de la verja de que tratamos —extraordinaria pieza— de la separación «Santuario-Dormitorio» del Cristo Lezoarra... Y decimos «pieza rara» de la verja, aún a reserva de que no lejos de Lezo la reja tiene una réplica —menuada réplica, a pesar de la pretensión imitativa— en la Iglesia de Bonanza de Pasajes de San Juan; pieza de las mismas funciones separantes de Santuario de Peregrinación, pero siempre con cesión de primacías en competencia con la pieza Lezoarra. Mucho más señorial ésta.

Ahora bien, abundando en la función hospitalaria —«hospedar al Peregrino»— en el complejo lezoarra es muy reconocible la función propiamente hospitalaria para casos de enfermedad, que, sin duda, tenía cierto anejo de la Sacristía del Santuario, cuya función, sin duda, era la que decimos «hospitalaria» a distinción de la función de simple «dormitorio» que tenía el interior del Santuario en la parte que decimos.

El Cristo de Lezo, en resumen, fue un complejo jacobeo de gran categoría, cuyo recuerdo conviene respetar religiosamente en su conjunto de edificio y verja, y verja y edificio.

Verja de la cual, aún no hemos dicho nada sobre su estilo artístico. Es de estilo, no precisamente gótico, como por ejemplo, lo es en Oñate, el de la Capilla de los Grados, con barras retorcidas y repujados y cresterías; sino de estilo Renacimiento, datable en el

siglo XVII, labor de forja, de moldura y retoques, cuya magnificencia más que en el detalle, está en la gran planificación del conjunto, de barras tiesas en combinación con un centro circular radial de gran estilo más en alto.

Descripción

Pasando ya a la descripción detallada de cada una de las rutas a través de nuestro País, hemos de recordar que, a pesar de que hoy nuestros caminos —las carreteras— van a par de los ríos, sin embargo, en lo antiguo no ocurría así, sino que aquellos caminos —las calzadas—, iban por los altos, faldeando las cadenas de montañas, en todo lo aprovechable, no bajando al nivel de los ríos sino para cruzarlos o para tocar con las Villas nuevas, para luego volver a remontar y buscar la acostumbrada alta ladera para seguir así hasta el término de la jornada³.

Las rutas clásicas —las primitivas, las más antiguas— seguían esta ley, de circular por los altos— «*cutsi goyai*»—. Y nosotros, en nuestro intento de describir las que verdaderamente influyeron en nuestro cristianismo, describiremos sólo las verdaderamente antiguas, como más pertinentes a nuestro caso, volviendo a recordar, que ellas, concretamente en Guipúzcoa, eran dos: la de «tierra adentro, que yo llamaría también «de Goyerri», y la de «Costa» que podría llamarse «de Beterrri».

Y empezando por la primera, diremos que ella entraba en la Provincia por Irún.

a) Ruta de Goyerri

Ruta de Goyerri, que también cabría llamarse «ruta dorsal de Guipúzcoa», ya que, arrancando de Irún al Norte, iba en casi línea recta, por la espina dorsal de la Provincia, a dar, al Sur, en San Adrián de Cegama. Todo de alto en alto.

³ Vid. «Hablando de rutas y vías en Guipúzcoa». Manuel de Lecuona. Boletín de la Real Sociedad de los Amigos del País». Separata, año XX, 1964, cuaderno 1.º, 2.º.

Entraba, en efecto en Guipúzcoa, concretamente por el embarcadero de Santiagotxo, junto a la Iglesia de Sta. María del Juncal o de Irún, partiendo del correlativo embarcadero hendayarra del Priorato de Zuberno.

A partir de Irún, atravesaba Oyarzun, y tocando en Rentería, por Zamalbide y Ventas de Astigarraga y la Villa del mismo nombre, a la vista de la gran Ermita de Santiagomendi, tocaba a Hernani; y una vez llegado a Lasarte, iba a coger la altura de Andatza; donde, tocando en la Venta de Zárate —y echando allí dos ramales, para San Pedro de Aya por la derecha, y para Cizúrquil por la izquierda— continuaba por aquellas alturas a cruzar el puerto de Andazarrate y dar luego en la famosa Venta de Iturriotz, donde —después de recoger el importante ramal de Asteasu-Alquiza (izquierda)— seguía a cruzar el collado de Zelatun; y de allí, dejando el alto del monte Hernio a la izquierda y un ramal que por la derecha se dirigía a Azpeitia por el puerto de Etumeta, bajaba al Puerto de Iturburu o de Bidania —cerca del actual Mirador de Régil— para de allí, y dejando a la derecha el ramal Goyaz-Elosiaga-Azpeitia, seguir por el legendario monte Murumendi y a la vista de Santa Marina de Arguisan y San Sebastián de Garín, ir a cruzar el Puerto de Mandubia; y yendo luego por los altos de Usurbe, Quizquitzza y Ezkioga, bajar por la Iglesia de la Antigua a Eizaga de Zumárraga, y por dicho punto dirigirse a las crestas intermedias entre Zeráin, Mutiloa y Legazpia a la vista de Segura y tocando en Santa Marina de Aztiria seguir adelante a atravesar la Sierra de Aizkorri por el célebre túnel de San Adrián, para por fin salir de la Provincia a las llanuras de Alava...

Como se ve, todo ello por las alturas («eutsi goyai») alturas que pudiéramos llamar «el espinazo de Guipúzcoa» de Norte a Sur... camino que tantas veces recorrieron los guerrilleros del Cura Santa Cruz en la guerra civil de los años 1870, y lo han recorrido los contrabandistas de todos los tiempos, y lo conocen perfectamente los gitanos que, en sus caminatas a campo traviesa, pasan periódicamente por allí.

La impresión de encogimiento que tenía que causar en los peregrinos la vista del intrincado complejo de las montañas que recorría esta Ruta Dorsal de Guipúzcoa, queda reflejada en cierta canción peregrinante francesa, que, después de recordar el romántico «adiós»

que, al llegar a Santa María (de Irún, sin duda) dicen los Peregrinos a la Bella Francia de las Flores de Lys, prosigue así: «Hubimos de caminar largo tiempo / a través de las montañas de Vizcaya (por el País Vasco) / andando siempre dificultosamente / por toda la región en derechura / hasta el monte de San Adrián».

Y termina así, como quien respira ya, más tranquilo:

«Nos sentimos muy felices / al hallarnos entre la Puebla (de Arganzón, sin duda) y Vitoria»⁴.

Advocaciones santiaguistas al paso de las rutas

Lo interesante para nosotros en este punto, es el número de Advocaciones santiaguistas que van marcando y orlando esta ruta dorsal de Guipúzcoa.

Al desembarcar el Peregrino en Irún, desembarcaba, en efecto, en el muelle del Barrio conocido por Santiagotxo.

Y muy luego, al llegar a la tierra de Astigarraga, se encuentra así mismo con la amplia Ermita de Santiagomendi, con una imagen del Santo Peregrino, de alabastro, de factura completamente compostelana del Santo.

Una nueva Iglesia del Santo le espera en el Barrio usurbildarra de Zubieta, con números además de fiestas teatrales en el vecino Lasarte al día siguiente del Santo, que es la Fiesta de Santa Ana.

⁴ Mais nous fûmes bien étonnés
quand nos fûmes a Saint-Marie;
lá tous mes compagnons et moi
dimes adieu a la France jolie,
en pleurant nous nous mîmes a dire:
«Adieu les nobles fleures de lys;
en Espagne nous fait suivre;
c'est un étrange pays.
Nous avons chemine longstems
dans les montagnes de Biscaye,
cheminans toujours rudement
par le pays en droite voie
jusqu'au mont Saint Adrien.
Nous fûmes grandemeny joyeux
entre Peuple et Victorie.

Una Ermita más del Santo encuentra en Alquiza al acercarse al monte Hernio.

Tres o más Ermitas de Santa Marina le esperan igualmente en el trayecto restante:

Santa Marina de Asteasu cerca del Puerto de Andazarrate;
 Más Santa Marina de Arguisan en jurisdicción de Albiztur;
 Otra Ermita de la Santa en el Cementerio de Ezquioga;

Y, por fin, una flamante Iglesia de la Santa en el Barrio gabi-riarra de Aztiria, al acercarse al San Adrián del Aizkorri.

Y abundando en el mismo tema, de parte del San Pelayo, que, a su paso por el alto de Andazarrate le puede saludar desde su Ermita de Irura, se encuentra el Peregrino con cantidad de Santuarios y Altares en Iglesias de paso, con Advocaciones del gran Santo santiaguista por antonomasia, que es San Martín de Tours, que apenas hay pueblo que no tenga los suyos: Ermitas o por lo menos Altares del popular Santo.

Dígase otro tanto de los Santos Hospitalarios, como San Antón (Oyarzun) o la Magdalena (Oyarzun, Rentenia) y San Sebastián (Garín de Beasain) y San Roque (Andoáin). Advocaciones Hospitalarias eminentemente relacionadas antaño con los enfermos que la Peregrinación acarrea y cuya presencia tanto preocupaba a los pueblos de tránsito.

Rutas transversales

Tanta importancia como la Ruta directa de N. a S. (Guipúzcoa a Alava) que hemos perfilado, tenían, sin duda, las varias transversales que venían a cruzarla, viniendo de E. a O. (Navarra a Vizcaya) ya que, en definitiva todas ellas tenían que acabar en Compostela, que, en efecto, está al O.

Estas Rutas transversales, que eran varias en número y cruzaban a aquella dorsal en otros tantos puntos de capital importancia, de Puertos de montaña, etc. se pueden señalar en Guipúzcoa, las siguientes:

Ruta de *Aritxulegui*, de Lesaka a Oyarzun, que tiene como manifestación por el E. la espaciosa Ermita de San Antón de Endara-

-erreka, y por el O. el complejo santiaguista, de *Salvatore*, más San Antón y la Magdalena, de Oyarzun, más la Magdalena de Rentería, más los dos grandes Santuarios de la Santa Cruz, de Lezo y de Bonanza de Pasajes de San Juan, de que hemos hecho mención especial arriba.

Ruta de *Zikuñaga*, de Arano a Hernani, que tiene por manifestación, por el E. la Ermita de Ntra. Sra. de Zikuñaga en Hernani, y la Ermita de Santa Leocadia en Urnietta, y por el O. el complejo santiaguista lasartearra de la Karkaba «Santiago-Santa Ana», más la Iglesia de Santiago de Zubieta, más la Iglesia usurbildarra de San Salvador.

Ruta de *Zárate*, de Villabona-Cizúrquil a Orío, con las manifestaciones por E., de la Iglesia de Santiago de Villabona, y por el O. el complejo Aya-Oriotarra de Santiago-erreka.

Ruta de *Andazarrate*, de Asteasu a Laurgain-Zarauz, con las manifestaciones, por el E., de Santa Marina de Asteasu y Santiago de Alquiza, más Santa Marina de Arguisan, y por el O., el complejo zarauztarra de San Pelayo-Santa Marina.

Ruta de *Mendikute*, de Tolosa a Azpeitia, con las manifestaciones, por el E., la espaciosa Ermita de San Sebastián de Berastegui, más otra muy modesta en Berrobi, más la Ermita rupestre de Zipirio en el propio Tolosa, y por el O. el complejo azpeitiano de la Magdalena, y la Advocación parroquial azpeitiana de San Sebastián, más el *Salvatore* de Iciar.

Ruta de *Mandubia*, de Beasain a Urrestilla, con las manifestaciones, por el E. de Santa Fe de Zaldivia, más la Ermita de *Salvatore* de Beasain y San Sebastián de Garín, y por el O. las referidas azpeitarras de la Magdalena y San Sebastián.

Ruta de *Udana*, de Segura a Oñate, con las manifestaciones, por el E. de una Capilla de Santiago en la Iglesia de Segura, más Iglesia de Santa Marina en el Barrio de Aztiria, y por el O. Santa Marina de Oñate, más Santa Marina de Vergara, y Santa Marina y la Magdalena de Mondragón, más imagen de Santiago «matamoros» en la Cueva-ermita de Sandailli de Araoz, y, por fin, Iglesia de la advocación del Santo Apóstol en Goronaeta de Arechavaleta.

Rutas transversales todas, que vienen a perfilar la orientación definitiva del total de las rutas santiaguistas por el País.

Digresión sobre «Salvatore»

Acerca de la Advocación de San Salvador en el camino de Santiago, nosotros haríamos con gusto una digresión para hacer notar la curiosidad de que la formulación de su nombre en el País, reviste dos formas: una, la corriente, de «San Salvador» que la encontramos en las dos Iglesias, de San Salvador de Guetaria y de San Salvador de Usúrbil; y la otra en la forma originaria latina y sin «San» de *Salvatore*, que en la Provincia la encontramos en los tres puntos conocidos, de *Salvatore* de Oyarzun, *Salvatore* de Beasain y *Salvatore* de Icíar. Observación que hacemos juntamente con la sospecha de otro *Salvatore* que se camufla en el nombre alavés de *Salvatierra*, cuyo elemento final «—tierra» sospecho que no tiene que ver nada con la «tierra» que pisamos, sino que es una interpretación y amplificación del «—tore» del primitivo *Salvatore* —mejor conservado en Guipúzcoa— y convertido en Alava en un curioso *Salvatierra*, término este cuyo eco encontramos igualmente en cierto *Sauveterre* francés ultrapirenaico, y cuya pareja en aquella tierra es el «Saint Sauver» («San Salvador») que también encontramos en la zona francesa no lejana del Pirineo... Fenómenos lingüísticos que nosotros sospechamos son de influencia templaria, tan típicamente pegada a la devoción del Salvador.

b) Ruta de Beterri

Los Historiadores de las «Peregrinaciones a Santiago de Compostela», Vázquez de Parga, Lacarra y Uría, hablan en su obra, de una Ruta que llaman «de la Costa» envolviendo en ella la que nosotros hemos llamado «de tierra adentro» o «de Goyerri». Nosotros distinguiremos, además de aquella, otra Ruta aún más «de Costa» —«de Costa-Costa»— cuya característica es caminar parte a pie y parte en barca, muy cerca del mar, concretamente cruzando los ríos guipuzcoanos junto a su desembocadura en lo que se suele llamar «las rías»: La Ría de Fuenterrabía, la Ría de Pasajes, la Ría del Urumea con más Ibaeta, la Ría Oria, la Ría Urola y la Ría de Deva. En ese mismo orden, empezando por Fuenterrabía.

La circunstancia de alternar la barca con el caminar a pie, da a esta Ruta unas características de un mayor encanto. Por lo demás,

como itinerario salpicado de Santuarios santiaguistas, lo es tanto, si no más, que la de Goyeri.

Vázquez Parga, Lacarra y Uría en su obra, desconocen esta modalidad semi-navegante de esta Ruta, y la juzgan, por eso, Ruta de grandes dificultades, por las cuales llegan a juzgarla muy más tardía que las otras Rutas, cuando, en realidad, la modalidad navegante es argumento de facilidad más bien que de dificultad. Los trayectos de navegación en las Rías facilitan más bien que dificultan el paso. El encontrarse con las aguas de una Ría, no obligan al caminante, como suponen los Historiadores, a rodear río-arriba la orilla buscando un paso de vado o de puente —puente que, en efecto, no existe hasta muy tarde—. En las Rías el recurso a la barca es espontáneo y al propio tiempo muy antiguo, cosa que, eso sí, mejor que el Historiador lo sabe el Etnógrafo. El oficio del «batelero» en la Costa es connatural a los habitantes del País. Las famosas Bateleras de Pasajes dan testimonio en ese sentido. En las Rías el Batelero o la Batelera surgen espontáneamente. Y quien dice espontáneamente, dice «muy antiguamente». La «Batelera de Pasajes» debió madurar mucho en la Historia de la Costa. Y quien dice Pasajes, dice igualmente Fuenterrabía y San Sebastián y Orio y Zumaya, etc.

La Ruta «de Costa-Costa» puede ser muy antigua.

Y para nosotros empieza en Fuenterrabía.

Cruzando las Rías

El Peregrino accede a Fuenterrabía en barca desde Hendaya, donde deja atrás el recuerdo de *Bixintxo*, ese San Vicente misterioso, que igual puede ser el Mártir de Huesca, como un Santo Obispo de Dax, del *Akize* de los vascos.

En Fuenterrabía le espera un significativo Hospital de la Magdalena en el Barrio de la Marina y un más significativo *Santiago* en la ladera del Jaizkibel, caminando hacia Lezo.

En Lezo le espera, como sabemos, el gran Santuario-Cimitorio, que típicamente tanto como tiene de Santuario del Cristo afeitado, tiene de Cimitorio-Dormitorio donde descansar en la forma que tenemos dicha. Y es en Lezo y en el muelle de junto al Santuario del

Santo Cristo, donde embarca de nuevo para dirigirse al extremo opuesto de la Bahía pasaitarra, en Herrera, saludando de paso en la orilla pasaitarra al Santo Cristo de Bonanza, con su también típico Cimiterio-Dormitorio, además del recuerdo de la devoción pasaitarra al Santo Apóstol, cuya festividad, en efecto, la Villa costera celebra nada menos que con unas Corridas de Toros que se han hecho famosas por el buen humor del Bertsolari Xepelar que les dedicó unos cantares, que se han hecho populares en toda la contornada aún hoy después de ciento treinta años: *«Santiyago-eguna / Pasaya'n señaile... / ikasi nai duenak / egin beza galde»...*

Del desembarcadero de Herrera a San Sebastián, a pie, tramontando el alto de Miracruz, donde el caminante despide la vista del Cristo de Lezo y saluda la vista del Cristo de la Mota de San Sebastián.

Al acercarse a la Ciudad, le aguarda la barca en que ha de cruzar la Ría del Urumea —como al otro lado de la Ciudad cruzará en otra barca la rada de Ibeata— saludando de paso por la campa de San Martín, los tres hospitales donostiarras de San Antón y de Santa Catalina y el propio de San Martín...

Pasada la vista de la Ciudad, desde el muelle de Portuetxe y a la vista de la Ermita del Santo Angel de la Guarda, el Peregrino arremete un trayecto de varios kilómetros por la vaguada usurbildarra de Arratzain y Mendizorrotz, hasta Orió, donde le aguarda la gran Ermita Hospital de San Martín en lo alto del camino, como luego en lo bajo en la orilla del río Oria le espera la barca que le conducirá, ya a Santiago-Erreka con su Ermita del Santo, ya al muelle de la Ermita de San Pablo, de la que hemos hecho arriba alguna referencia.

El trayecto ulterior, ya desde Santiago-Erreka, ya de San Pablo, es a pie, a través del «alto de Orió» hasta la Ermita zarauztarra de San Pelayo —Santo eminentemente santiaguista— donde embarcará, para dirigirse a la Ermita también santiaguista de Santa Marina, muy cerca de la Iglesia Parroquial zarauztarra.

Desde la Iglesia de Zarauz, y a través del alto tan pintoresco de Santa Bárbara (Ermita) el Peregrino se dirigirá a la vista de Guetaria, en un buen trayecto de calzada típicamente medieval, dejando a la derecha en el ámbito de la Villa guetariarra, dos advocaciones muy sugestivas para nuestro caso, de San Salvador y de San Antón: San Salvador magnífico Templo gótico de Advocación tan Templaria,

y San Antón observatorio costero para otear en alta mar la presencia de la *Ballena Bizcayensis* al propio tiempo que Lazareto en la Ruta de Peregrinación.

La Calzada encachada le llevará luego a la preciosa Iglesia de San Martín de Azkizu, Hospital de la Magdalena, para de aquel alto bajar a la Ría del Urola en Zumaya, donde le aguarda en la Ermita de Santiago (hoy Museo de Zuloaga) la consabida barca que le ha de transportar al muelle zumayarra, al pie de la Iglesia de San Pedro; desde donde iniciará un trayecto de varios kilómetros de montaña, que le ha de llevar a través de la Ermita-Hospital de Elorriaga y luego a la vista de la empinada Ermita de *Salvatore*, a la gran Iglesia Santuario de la Andra Mari de Icíar, Templo en la alta ladera cara al mar. Punto de donde no ha de bajar a tocar agua, quizás hasta Sasiola a través de la cueva prehistórica de Ermitia, si ya no en el muelle de Irarrazábal, en Deva, desde donde el Peregrino tendrá la satisfacción de un trayecto, no de paso de la Ría, sino de paseo río-arriba hasta Astigarribia, templo doble —Santuario-Cimitorio— con reminiscencias visigóticas según creo, y desde donde el Peregrino, en un gesto de auténtico montañismo, sube a las alturas del monte Arno, donde, llegando al Santuario de Arrate en Eibar, descenderá de nuevo a atravesar el curso del río Elgo (?) en el Santuario tan santiaguista de Azitáin, con el Cristo afeitado réplica del de Lezo, más Imágenes de Santiago, la Magdalena y San Antón, para inmediatamente tramontar definitivamente a los altos de Elgueta y Vergara, con varias Advocaciones santiaguistas en el trayecto (San Salvador y Santiago) para despedirse de la Provincia en las zonas de Mondragón (con la Magdalena y Santa Marina) y zonas de Elorrio y Aramayona.

Para terminar

Ahora, para terminar, si alguno —recordando a mi pretendido interlocutor de la Televisión Española del comienzo de esta mi Conferencia, tan poco simpatizante él con la Ruta guipuzcoana— si alguien nos quisiera preguntar, qué hay de cierto Aymeric Picaud, tan poco simpatizante él con los navarros de la Edad Media, a los cuales acusa de saboteadores de las Peregrinaciones Santiaguistas —si alguien quisiera preguntar qué hay del tal Aymeric Picaud— diré brevemente que sus dicitos anti-navarros, que igualmente eran anti-vascos en general, no pesaron absolutamente nada en favor de la influencia de las Peregrinaciones en una nuestra mayor cristianiza-

ción —tesis de esta mi Conferencia— pero ni siquiera lo más mínimo en favor de una sana Crítica Histórica de la Edad Media Vasca.

El Cronista francés, sin duda, nunca olvidó, que fueron los navarros del siglo VIII quienes derrotaron ignominiosamente al Emperador de los Francos, Carlo Magno, en el Puerto de Ibañeta, allá por los años 777. Por cuyo motivo a los 300 años (sobre 1131) vertió con tan poco disimulo su bilis anti-navarra en el Códice Calixtino que se conserva en los Archivos compostelanos.

Y no digo más.

Villa «Gentza», Julio 1979